

La Palmera, elemento identitario en el paisaje de Huerta del Bajo Segura, España

The palm identity element in the Bajo Segura orchard landscape, Spain

Gregorio Canales Martínez, Geógrafo, Dr.

Departamento de Geografía Humana, Universidad de Alicante

Correo electrónico: gregorio.canales@va.es;

Alejandro López Pomares, Lic. Biología, Dr. (c)

Departamento de Geografía, Universidad de Alicante

Correo electrónico: alejandrolopez@va.es

(Recibido: noviembre de 2013; aceptado: mayo de 2014)

Resumen: La palmera, por sus múltiples aprovechamientos (agrícola, constructivo, ritual e industrial), ha sido tradicionalmente un elemento identitario en el paisaje huertano del Bajo Segura. En las últimas décadas su presencia se ha restringido, al perder las funciones que antaño cumplía, a lo que se ha unido la plaga del picudo rojo y la comercialización masiva con fines ornamentales para las nuevas áreas residenciales. El artículo aborda la presencia de esta especie en el territorio desde diversas visiones y en diferentes épocas: la estética de la literatura de viajes, la productiva de los tratados científicos o la emocional de las obras de creación.

Palabras clave: Palmera, Huerta, regadío, orientalismo, agricultura promiscua, suelo salino, picudo rojo.

Abstract: The palm tree, because of its numerous uses (agricultural, constructive, ritual and industrial), has been traditionally an identity-defining element in the landscape of the Bajo Segura irrigated area (SE of Spain). In recent decades, its presence has been limited, by the loss of functions that palm tree previously carried out, currently joined to the red palm weevil pest (*Rhynchophorus ferrugineus*) and the massive sale with ornamental purposes in the new built-up areas emerged from residential tourism boom. This article deals with the presence of the Palm in the territory from several views and in different times: the aesthetic of travel literature, the productive of scientific reports or the emotional of artistic works.

Keywords: Palm tree, Huerta, Orientalism, promiscuous agriculture, saline soil, red palm weevil.

Introducción

La preocupación por el paisaje, no sólo desde el punto de vista ambiental, sino como elemento patrimonial, ya se pone de manifiesto en la *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural* (París, 1972). En base a los planteamientos que sugirió, muchos años después, en 1993, se celebraría en la ciudad francesa de Montpellier el primer *Congreso Internacional sobre el Paisaje Mediterráneo* en el que se abordó específicamente la necesidad de desarrollar una política de conservación y gestión del mismo, y donde de nuevo se define el paisaje como el resultado en el territorio de la combinación de aspectos naturales, culturales, históricos, funcionales y visuales (Arias y Fourneau, 1998). Con estos antecedentes, en el año 2000, la Unión Europea aprobó en Florencia el *Convenio Europeo del Paisaje*, normativa que fue suscrita por España para hacerla entrar en vigor en 2008, si bien con anterioridad la Comunidad Valenciana, en junio de 2004, había aprobado la *Ley de Ordenación del Territorio y Protección del Paisaje*. En ella dedica especial relevancia a la importancia que adquiere la huerta como sistema productivo y medio de vida, al indicar que es un “*espacio de acreditados valores medioambientales, históricos y culturales*” como consta en el artículo 22, capítulo II, dedicado al desarrollo sostenible.

La preocupación del legislador por proteger el paisaje huertano arranca, en el caso de la Comunidad Valenciana, con un movimiento popular conocido como Iniciativa Legislativa Popular (ILP) surgido en el 2001 al proponer la *Plataforma Per un Cinturó d’Horta* el mantenimiento de un anillo verde alrededor de la ciudad de Valencia y que con el tiempo ha dado lugar al movimiento ciudadano *Per l’Horta* (Gómez, 2008). El mayor grado de concienciación ante la situación de fragmentación que presentaba la huerta de Valencia desemboca en la aprobación de la anterior ley cuya aplicación tuvo, sin embargo, poca incidencia en el otro espacio huertano por excelencia de la región, la Vega Baja del Segura, conocida históricamente como la Huerta de Orihuela. Por estos años la comarca más meridional de la provincia de Alicante ya acusaba síntomas de deterioro paisajístico y de pérdida de rentabilidad fruto del cambio económico que primó otros sectores productivos frente al agrícola. La crisis de la agricultura familiar, que ya venía de atrás, se sumó a una sustitución de los usos del suelo coincidiendo con los inicios de un proceso de urbanismo expansivo vinculado al desmesurado crecimiento de las poblaciones y favorecido por la cercanía al litoral.

Con el tiempo esta situación se ha ido agravando y ha tenido su repercusión directa en el abandono de la explotación agrícola y el consiguiente deterioro del paisaje en el que la palmera (principalmente la datilera, *Phoenix dactylifera*) tenía una impronta destacada. Ésta ha sucumbido en el horizonte huertano a diferencia de la situación que adquiere en otros municipios. Tal es el caso de Elche donde la protección del palmeral



Figura 1. Vista del palmeral de Orihuela en las puertas de la ciudad, protegido como Paraje Pintoresco desde 1963. En la imagen se observa la disposición lineal de los ejemplares festoneando la red de riego.

desde 1933 la salvó de la expansión urbana y el desarrollo industrial, al estar interiorizada como símbolo y emblema en la conciencia colectiva de la población ilicitana.

La desaparición progresiva de la palmera en el panorama de la extensa llanura aluvial del Segura ha conllevado una manifiesta pérdida de identidad en la visión que la población tiene de la huerta. La intensificación y el desarrollo de la agricultura de mercado, que sustituye a la secular basada en la subsistencia, en la segunda mitad del siglo XX, ha conllevado el abandono de un uso tradicional del suelo que compaginaba varios aprovechamientos a distintos niveles en una misma parcela, lo que en el mundo mediterráneo, se conoce con la terminología italiana de *“coltura promiscua”*. En el caso de la huerta segureña se trata de un modelo de producción agrícola en el que conviven cultivos a diferentes alturas, combinando explotaciones hortícolas con las arbóreas. Las primeras se extienden en el interior de las parcelas mientras que las otras cercan el terreno, consiguiendo así el agricultor rendimientos a bajo, medio y alto vuelo mediante esta marcada simbiosis de plantaciones mixtas.

Este tipo de agricultura permaneció vigente hasta mediados de 1960 cuando entró en crisis la producción del cáñamo por la competencia de las fibras sintéticas. Hasta ese momento el modelo se basaba en un predominio de la huerta herbácea que, con sus respectivas rotaciones, se complementaba con hileras de palmeras alternadas con frutales variados que, a su vez, cumplían una doble función adicional a la productiva.

Por un lado actuaban como seto natural en el cierre de los terrenos, dado que muchos de estos tenían forma arbustiva además de un fuste retorcido con ramaje denso, rígido y espinoso. Por otro lado contribuían a fortalecer las márgenes de la red de riego y avenamiento, logrando con sus raíces, fijar sólidamente el cauce, y así evitar el desmoronamiento de los costones. Especial interés cobraba este cercado vegetal en los momentos de riadas, al mantener las canalizaciones y permitir la identificación parcelaria tras la retirada del agua, proceso éste frecuente en la zona, hasta la última gran inundación de 1987 tras la que se acometió el Plan de Defensa de Avenidas en la Cuenca del Segura.

Si la importancia de la protección del paisaje desde el punto de vista legal es reciente, el interés contemplativo del mismo hunde sus raíces en el racionalismo renacentista que da paso a la ilustración, momento en el que la observación de la naturaleza desde una perspectiva crítica y racional adquirió una relevancia destacada y contribuyó al conocimiento de la realidad, frente a la anterior concepción tradicional y sobrenatural. En este contexto, en el mundo académico occidental los viajes suscitaron una gran fascinación y se utilizaron como complemento a la formación intelectual, al constituir una forma de aprendizaje válida para comprender las condiciones socioeconómicas de los territorios. Las descripciones dejadas por estos curiosos viajeros, atentos a todo aquello que les rodeaba y suponía un contraste a sus lugares de origen, se convierten en una fuente idónea para darnos a conocer la situación dominante en el espacio recorrido, que por cercano y cotidiano para la población local pasaba, por lo general, desapercibido.

1. Impronta de la palmera en el paisaje huertano a lo largo del tiempo

La Huerta de Orihuela ha quedado plasmada en multitud de obras, tanto manuscritas como impresas a lo largo de los últimos siglos. Muestra de ello son la variedad de descripciones que ofrecen los autores con diferentes intenciones y estilos narrativos. El *corpus* documental que conforman lo abordamos en tres grandes bloques, sin la pretensión de ser completamente exhaustivos. Así, por un lado, el viajero, desde su visión contemplativa, se deja llevar por la subjetividad provocada por un paisaje que aparece por primera vez de forma azarosa ante sus ojos. Por otro lado los naturalistas, geógrafos, historiadores y filólogos que esgrimen con su presupuesta objetividad científica la percepción que tienen del territorio. Y por último, novelistas, poetas y ensayistas que idealizan el espacio observado como decorado en composiciones literarias. De todos ellos se presenta una selección de referencias a la palmera como imagen que sobresale en el horizonte de la vega.

La visión estética del palmeral en la literatura de viajes

Los libros de viajes fueron durante siglos el medio por excelencia de dar a conocer tierras y pueblos lejanos. Es a partir del siglo XVI cuando esta narrativa



Figura 2. La palmera, elemento dominante en el paisaje huertano, ha quedado relegada en los últimos tiempos a los bordes de parcela.

adquiere un valor añadido al fundamentarse en el empirismo y la ciencia moderna. Estas experiencias, llevadas a cabo generalmente por testigos autorizados, se presentan como recopilaciones fidedignas de hechos naturales (Pimentel, 2003). Abundantes son los textos que nos han llegado de viajeros que, en sus itinerarios por la fachada mediterránea, se quedaron asombrados ante la fertilidad que ofrecía la huerta del Segura plasmada en multitud de aprovechamientos agrícolas, lo que confería una gran variedad de contrastes cromáticos. Así Lantier la calificó como *“el asilo de la fertilidad”* (Lantier, 1809) y Peyron percibió en ella *“una perpetua primavera”*, cuyo visión se realiza al alejarse de Orihuela puesto que *“ya no se ven palmeras, los campos adquieren pronto la apariencia de un vasto desierto”* (Peyron, 1772). El inglés Joseph Townsend en 1786, al llegar a la ciudad desde Murcia, se admira del *“brillante verdor”* de la fértil tierra debido a la variedad de cultivos, tanto herbáceos como arbóreos, entre los que cita *“los naranjos, los limoneros, las higueras, las moreras, las palmeras, los nísperos, los membrilleros y los granados”* que contempla a lo largo de su recorrido. Esta diversidad le lleva a concluir *“en una palabra, todo el valle es un jardín continuo”*.

El intelectual y diplomático alemán Wilhelm von Humboldt dejó, en la visita que realizó a nuestro país en 1799 una breve reseña del territorio que contempla desde Orihuela a Elche, donde ensalza de nuevo la gran riqueza de cultivos debidos al sistema de riego que da origen a la huerta. En aquel entonces se estaba llevando a cabo una

plantación importante de cítricos, en una llanura que ofrecía rodales de palmeras dispersos y que se caracterizaba por abundantes poblaciones cercanas entre sí, que narra el escritor de la siguiente manera: *“Ya desde Orihuela a Elche el paisaje posee todo el encanto que normalmente ha hecho célebre el reino de Valencia. Bien regado, con terrenos magníficamente cultivados, con naranjos cercados o viveros, palmeras que crecen en grupos. Maravillosos son, sobre todo y por regla general, las entradas y salidas de los pueblos y ciudades, de las que aquí hay muchas, todas ellas pegadas unas a otras”*.

La corriente romántica del siglo XIX ensalzó sobremanera este paisaje en donde la palmera representaba la esencia de lo exótico y oriental en la península, de ahí que Elche fuera una visita obligada para contemplar el bosque que ciñe la ciudad y desde ella se desplazaban a través de Orihuela y Murcia hacia Granada. Los viajeros describen con una prolija narración el cultivo y los aprovechamientos culturales que se hacían de las palmáceas en el campo ilicitano. Por ello cuando llegan a Orihuela les sorprende la fertilidad de su huerta y la diversidad de rendimientos, entre los que cita el de la palmera sin incidir de nuevo en su descripción. Así, el escritor francés Charles Davillier, que vino a describir España por encargo de una editorial, repara en *“la verde huerta de Orihuela”*, que aparece a sus ojos como *“un vergel maravillosamente fértil”*, debido a los *“innumerables cauces de riego que mantienen en este paraíso terrestre una humedad continua y el sol hace lo demás”*, con un espacio agrícola donde sobresalen *“las altas palmeras”* en los huertos de naranjos, aspectos estos que le dan *“una fisonomía muy oriental, aun después de nuestra estancia en Elche”* (Davillier, 1862). Esta misma impresión es la que recoge Emil Adolf Rossmässler, quien unos años antes hizo ese mismo recorrido y al aproximarse a la huerta en las inmediaciones de Callosa ya divisa en la lejanía *“de nuevo numerosas palmeras”*. Éstas dominan, al atravesar las poblaciones de Cox, Granja de Rocamora y Callosa, donde le llama la atención no *“las particularidades de los lugares, ya que estos eran bastante feos, sino la riqueza en palmeras y la singular característica oriental de las tres ciudades”*, en especial la primera población *“donde gran cantidad de palmeras se asomaban entre las casas”*. Preludio éste de los que encontrará a las puertas de Orihuela, señalando aquí que sus palmerales *“son famosos”*, si bien *“no están tan masificados y juntos”* como los que divisó en Elche (Rossmässler, 1853).

Por el contrario, si el viajero llega a Orihuela desde el sur serán más abundantes las referencias al palmeral, como es el caso de Henry D. Inglis, quien procedente de Murcia, siguiendo el camino que bordea el Segura, escribió uno de los textos más halagüeños sobre el esplendor que vislumbró al llegar: *“Si deseara impresionar a alguien con una idea favorable del paisaje español, le llevaría desde Murcia a Alicante por Orihuela; porque la belleza y lo novedoso de las vistas de esta ruta son indescriptibles. Es particularmente en esta zona donde comprendemos el singular encanto de los palmerales ... el valle de Murcia cede en belleza y fertilidad a la Huerta de Orihuela... y la también mayor variedad de árboles de los que está poblada le dan un nuevo tratamiento de preferencia; porque, mezclados con las moreras, los naranjos y las higueras, se ven cipreses, plateados olmos y granados; y también palmeras que, en vez de levantarse aisladamente, parecen aquí estar en su elemento y se elevan en grupos,*



Figura 3. El campo dunar existente en la desembocadura del río Segura fue objeto de repoblación forestal a principios del siglo XX, incorporando a la palmera en el frente litoral por su resistencia a los vientos salinos.

dando vistosidad y belleza al encantador paisaje” (Inglis, 1831). Unos años después, Richard Ford, utilizando el mismo itinerario del eje del río, dice de éste que *“fertiliza una de las llanuras más ricas del mundo”* y al llegar la urbe le parece *“oriental entre sus palmeras, sus torres cuadradas y sus cúpulas”*; repara igualmente en la vivienda popular emplazada en la huerta que contribuía todavía más a reforzar el carácter pintoresco del paisaje al indicar que *“la casa bardada de Murcia es ahora sustituida por edificios orientales, largos, bajos, blancos y de tajado plano, rodeados de bellas palmeras”* (Ford, 1845).

A finales de siglo, Casañ Alegre, reflexiona de nuevo sobre este tipo de construcción, presente en algunas calles de la periferia de la ciudad, sobretodo en el barrio del Arrabal Roig (actualmente Ravaloché), en donde destaca a la vez el desorden y el bello conjunto de las *“casas de un solo piso, de color terroso y cuyos terrados sin tejas son planos y en forma de azoteas, puertas pequeñas, ventanas en forma de agimeces, flores en los corrales, palmeras...”*; así se imagina estar en alguna ciudad del norte de África como Tetuán, Tánger o El Cairo. Esta sensación la hace extensiva al inmediato entorno agrícola que como buen neorromántico no ha encontrado *“detalle ni paisaje de un color más árabe en líneas, tipos, conjunto y colores”*. A estas impresiones contribuye, en gran medida, la presencia del palmeral, *“el elegante árbol cargado de dorados racimos”* que sobresale en la planicie, de la que dice *“toda la llanura verdea sembrada de palmeras”*. Éstas aparecen

aisladas, alineadas en los contornos de caminos y parcelas o agrupadas constituyendo “un pequeño bosque” como el que descubre en las inmediaciones de Orihuela, “extensa ciudad rodeada de palmeras y recostada en la falda de un monte” que se yergue a sus ojos como “un verdadero oasis” del que se queda extasiado “en la contemplación de tan precioso conjunto, y viendo balancearse graciosas a las esbeltas palmeras cuajadas de tremendos racimos que centellean cual si fueran pulidos globos de oro” (Casañ Alegre, 1894).

El valor productivo del palmeral en los libros científicos

La visión del viajero queda también refrendada en otras monografías que, si bien, por su carácter científico, no expresan el factor emocional al contemplar el paisaje salpicado de palmeras, muestran el valor que para el agricultor adquiere este aprovechamiento entre los cultivos de huerta. En este sentido, el botánico ilustrado Antonio José de Cavanilles, a finales del siglo XVIII, dejó una interesante narración al recorrer las tierras valencianas por encargo de Carlos IV. El libro resulta ser un compendio pluridisciplinar y abarca campos tan diversos como la botánica, la agronomía, medicina, arqueología y geología entre otros. Al llegar a Orihuela, y contemplar la riqueza de su vega desde la sierra homónima, señaló que ésta se encontraba “cercada de jardines”, hecho que le produjo una grata impresión. Así mismo apreció “muchos pueblos esparcidos por aquel recinto, el laberinto que resulta de la multitud y variedad de acequias y canales, el río, las arboledas, los sembrados que entre ellas quedan para que resalten la espesura y verdor de tanto árbol”. Pese a no individualizar la palmera al describir el paisaje ante el denso verdor que observó, sí que la incorporó, en cambio, en las inmediaciones de Cox al reseñar que “junto a la población hay una hermosa huerta y frondosos jardines, donde crecen palmas y toda especie de frutos” (Cavanilles, 1797). En su obra se declara partidario de desarrollar “el cultivo de las palmas” en los suelos salinos de Albaterra, imitando así la experiencia llevada a cabo en la cercana villa de Elche. Como ejemplo de los rendimientos de esta planta indica los frutos recolectados en Callosa de Segura, donde se cosechaban 450 arrobas de dátiles. Medio siglo después, Pascual Madoz vuelve a incidir sobre la importancia comercial de este cultivo, entre las cosechas de la huerta que destacaba de forma generalizada para la comarca ya “por su cantidad como por su calidad” (Madoz, 1849).

En las primeras décadas del siglo XX, poseemos la descripción que hizo Figueras Pacheco, al estudiar la geografía de la provincia de Alicante. En esta obra, al enfocar su mirada a la huerta señala el contraste que se da entre “una vega dilatada y fértil” con los paisajes de la zona montuosa que ciñe esta planicie. En ella destacan los frondosos cultivos de naranjos que se extienden hasta la línea del horizonte, que sólo quedan interrumpidos por la visión de “sus orientales y fantásticos bosques de palmeras”, como el que encuentra en Orihuela. El texto recoge también la imagen pintoresca y romántica heredada de la centuria anterior, al precisar que “la comarca fertilizada por el Segura, en la demarcación de nuestra provincia, es conocida con el nombre de Huerta de Orihuela... cuyos campos son realmente espléndidos vergeles. Contemplando el paisaje desde cualquier altura que lo domine, se presenta al observador un mágico panorama”, que en la primavera, en la época



Figura 4. Conjunto ajardinado del palacio de Jacarilla, antiguo predio de origen señorial, cuyo titular fue uno de los primeros en introducir la palmera *Washingtonia* como elemento exótico frente a la común predominante en la huerta.

de floración de los cítricos se transforma en *“un jardín, cuyos perfumes y colores recrearán nuestros sentidos”*. Al referirse a San Antón, barrio donde se emplaza el palmeral de Orihuela, ensalza las aguas de su balneario, que por aquel entonces disfrutaban de un gran renombre. El lugar lo narra como *“pintoresco, ofreciendo variedad de árboles y un extenso palmeral dentro de la misma finca del establecimiento, que se halla en las estribaciones de la sierra y próxima a terrenos ricos en cinabrio”*. Las aguas del manantial eran apropiadas para enfermedades que exigían en su tratamiento el empleo del mercurio y señalaba que las instalaciones ofrecían equipamientos adecuados para su utilización. En concreto indica que contaban con *“un buen número de pilas de mármol... vaporatorio, aparatos de inhalaciones y pulverizaciones, y un excelente gabinete hidroterápico”* (Figueras, 1910:14).

En otras poblaciones donde la palmera destaca igualmente sobre el paisaje, como por ejemplo en Albaterra, el mismo autor describe la carretera que recorre los tres kilómetros que distan desde la villa hasta la estación de ferrocarril, en parte, convertida en *“agradable paseo por las dos filas de palmeras que se alzan en las orillas del camino”*. Éstas crecen en estos terrenos donde afloran suelos salinos que fueron objeto de puesta en riego tras la actuación emprendida por el Instituto Nacional de Colonización a partir de 1952, emplazando en ella la población de San Isidro, convertida en municipio en

1993. Igualmente repara en Cox, cuyo caserío *“aparece al pié de la Sierra de Callosa, entre pintorescos huertos embellecidos con los airosos penachos de multitud de palmeras”*.

A mediados del siglo XX, abundan las referencias a una huerta moteada de palmeras. Juan Sansano, periodista y poeta nacido en Orihuela, no ahorra elogios a la hora de expresar la importancia que el regadío cobra en la comarca hasta el punto de afirmar *“que la agricultura ha llegado a su mayor perfección”*. El autor, en su libro sobre la historia, geografía, arte y folklore de la ciudad y su partido judicial, describe de forma magistral el contacto que se da entre la huerta, en el extrarradio urbano, con el Oriolet, en cuyo cerro se alza el sistema defensivo que protegió al antiguo caserío. Aquí se ubica el Palmeral de San Antón, que aporta *“uno de los perfiles más encantadores”* de la comarca, al localizarse *“el grupo más numeroso (de palmeras) de la provincia después de Elche...visto el palmar desde lo alto del Oriolet, es algo sorprendente, original, único”*. La proximidad geográfica a la urbe y la función recreativa que éste cumplía, fomentada por un establecimiento de baños termales, utilizando los mencionados manantiales de aguas mercuriales que las hacían *“únicas en el mundo”*, lo convirtieron en un espacio muy valorado socialmente. De este modo el escritor recoge que Orihuela *“tiene allí un tesoro”* del que considera que hay que cuidar y convertirlo en un espacio de ocio para la ciudadanía.

En esa época ya se alzaron voces solicitando respecto del palmeral *“su transformación en parque público”*, en un momento en el que la palmera se encontraba en plena producción y bien cuidada desde el punto de vista agronómico. Sin embargo, Juan Sansano recalca que *“hemos de confesar que no hemos dado a la palmera la importancia merecida”*, en clara alusión al valor cultural e identitario que tiene en el paisaje de huerta. Donde éstas cumplen diversas funciones, entre ellas indica el uso *“de lindero a los bancales que son aprovechados para diferentes cultivos, porque ni las palmas empobrecen el suelo con sus raíces, ni la poca sombra que causan sus corolas y astiles, perjudican a los demás vegetales”*. El autor repara también en el valor nutritivo de los dátiles, en las estrategias que se utilizan para la fecundación y en las artes para la obtención de palma blanca que *“produce un gran rendimiento y es exportada a toda España”*, acompañado todo ello de algunas atractivas fotografías. Otro autor, Gonzalo Vidal Tur, archivero y cronista de la provincia, al analizar la situación de la diócesis de Orihuela-Alicante a principios de los años sesenta, recoge esta misma virtud de la palmera en las márgenes de las parcelas, al aportar consistencia amén de ser productivas en unión de otros árboles. En concreto cita *“sus membrillos y dátiles como los más dulces y deseados”* para las poblaciones ribereñas. Igualmente, entraba en combinación con otras especies de porte arbóreo, para reforzar las motas del río y evitar así su desmoronamiento en momentos de crecida. En este sentido indica que *“las riberas (del Segura), durante la primavera y el estío aparecen bellas y apacibles, por sus olmos, álamos, chopos, fresnos, sauces, mimbrres, palmeras e infinitos cañaverales”* (Vidal, 1962).

El francés Jean Sermet, en la obra *La España del Sur*, presenta una descripción geográfica con tintes etnográficos, que aunque mayoritariamente se centró en Andalucía,



Figura 5. Arteria principal de la población de San Isidro. Poblado de colonización construido por el Estado en 1952 en el proyecto de bonificación de los saladares de Albaterra. El emplazamiento estuvo condicionado por el bosque de palmeras allí existente.

aborda también algunos territorios periféricos como Extremadura y el levante español (Murcia y el sur de Alicante). El libro se encuentra profusamente ilustrado con un centenar de heliogramas, de los cuales, el seleccionado para representar a la Vega Baja del Segura es precisamente una vista del palmeral que ciñe la ciudad de Orihuela. A pesar de ello, en la descripción sólo cita los *“hermosos palmerales”* que contempla en las inmediaciones de la Sierra de Callosa, donde *“los altos penachos de las datileras se perfilan más libres, más silvestres, más africanos, contra el bravo acantilado de la montaña”* (Sermet, 1956). La palmera por esos años constituía uno de los rendimientos arbóreos más valorados en la vega además de representar un símbolo dominante en el paisaje, pues *“la campiña de Orihuela puede considerarse como una de las más férciles de España, por lo que la economía agrícola constituye no sólo el eje vital del mundo sino de toda la comarca. Palmeras, granados y naranjos, con multitud de otros frutales, se benefician de la benignidad del clima y dan una nota exuberante a los ricos cultivos de la huerta”* (Ayuntamiento de Orihuela, 1960).

Como corolario de este colectivo conviene citar el estudio lingüístico sobre *El Habla de Orihuela*, realizado por José Guillén a finales de los años sesenta. En una época en la que todavía las señas de identidad de la huerta estaban vivas, sin embargo, ya se vislumbraba un proceso de mutación que amenazaba su desaparición, y su obra queda

como “*un testimonio para el futuro*”. Dedicó de este modo expresamente un capítulo a la “*palmera*”, de la que reseña: “*se identifica plenamente con el paisaje oriolano. Surgen aisladas, junto a las barracas y casas huertanas, se alinean festoneando veredas y avenidas, o circundan y hasta invaden los bancales, agrupándose en una gran masa vegetal*” (Guillén, 1974). La importancia de la palmera en la huerta se aprecia igualmente en la recopilación fotográfica que ilustra la publicación, donde ésta aparece no sólo como objeto de la foto, sino también como complemento al enfocar otros aprovechamientos agrícolas. En ambos casos queda como referencia gráfica de la merma de este cultivo que no muestra hoy la densidad que alcanzó por aquel entonces.

La narración emocional del palmeral en las obras de creación

En los relatos del viaje del periodista y literato Rafael Coloma por el sur de la provincia de Alicante, se suceden las referencias poéticas a la situación que mostraba la Vega Baja del Segura. En el año 1956 realizó el recorrido con el propósito de redactar un libro para presentarlo al concurso literario que había convocado la Diputación Provincial de Alicante en el que se premiaba la mejor monografía que describiera los pueblos alicantinos. La obra obtuvo el reconocimiento al alcanzar el primer premio, por lo que fue publicada por dicha institución al año siguiente. El texto recogía las impresiones que la contemplación de la huerta dejó en un observador que, además de cualificado, poseía grandes dotes para la narrativa. No en balde, como ensayista y poeta siguió los pasos de Gabriel Miró y, sobretudo, de Azorín, quien prologó sus relatos. El itinerario realizado por el escritor discurrió por los amplios terrenos de la huerta que ciñen la margen izquierda del Segura, al dirigirse de Crevillente rumbo a Albuera, y de ella hacia Callosa de Segura, para llegar, bordeando la sierra, a Orihuela, y desde aquí a Bigastro, atravesando transversalmente la parte interior de la llanura aluvial del río. Desde esta localidad prosiguió hacia Torreveja, cruzando el extenso secano meridional de la comarca para, desde este enclave salinero, continuar rumbo hacia Guardamar, donde de nuevo, cortó perpendicularmente la planicie litoral ahora en el sector próximo a la desembocadura, en dirección a Santa Pola.

La narración está repleta de continuas referencias a la abundancia de palmeras que se concentran mayoritariamente en la periferia de la huerta y dominan por doquier el interior de su paisaje. Así, al abandonar Crevillente en dirección a Orihuela señala que “*se suceden campos de limoneros, de olivos, de almendros floridos, algarrobos y tierras blancas de trigo. Vuelve el bosque de palmeras cerca de Albuera*”. De nuevo está presente en el recorrido que realiza hasta Callosa, con grandes concentraciones en el camino: “*A ocho kilómetros de Granja de Rocamora... un bosque de palmeras precede al pueblo... Entre la Granja y Cox otro palmeral competidor del de Elche. Viajamos de cara a la enorme sierra de Callosa, que bordeamos. Sigue el bosque de palmeras*”. Éste alcanza mayor esplendor en las inmediaciones de Orihuela hasta el punto que el viajero señala que “*se ‘catoliza’ el paisaje palestínico que nos viene impresionando desde Elche y Crevillente*”, reflejando el impacto que le causa, en

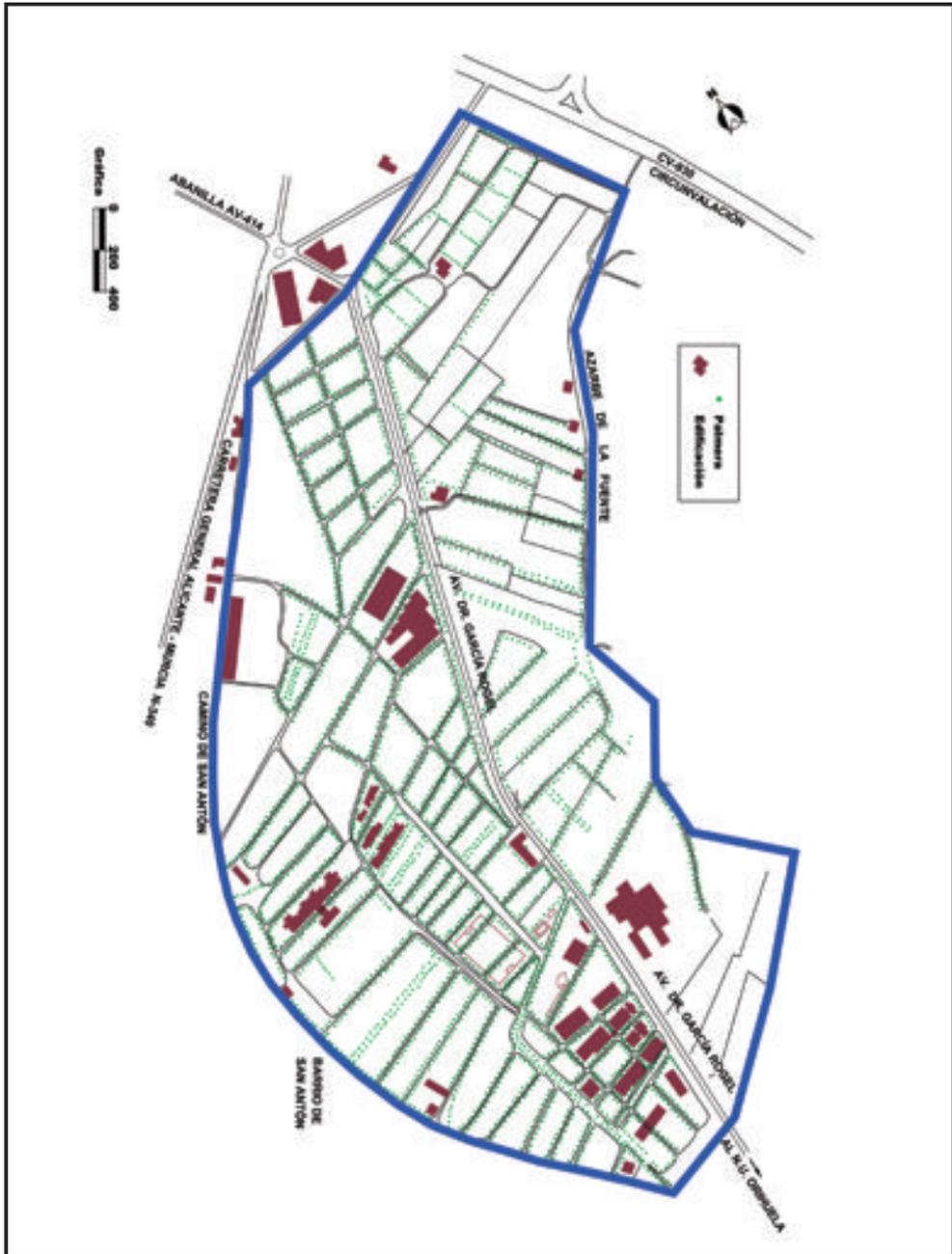


Figura 6. Plano del Palmeral de San Antón de Orihuela en el que se aprecia por un lado la disposición de las palmeras en hileras siguiendo la red de riego y caminera, y por otro la intensa ocupación de edificios públicos de uso deportivo, cultural y educativo, en la desacertada política de salvaguardar este espacio al margen del rendimiento agrícola.

las puertas de la “*la ciudad mitrada*”, la agricultura de oasis que en ella se desarrolla al encontrarse las parcelas flanqueadas por hileras de palmeras, que dan nombre a una de las barriadas más pintorescas del conjunto urbano, San Antón.

Frente a la densidad que el palmeral ofrece en el extremo noroccidental de la huerta, el autor repara en la dispersión que la planta muestra por el llano aluvial del Segura. En palabras de éste: “*La planicie es inmensa, llena de verde luz fresca y húmeda, en una cromática suavemente abigarrada, bajo el palio de un tul de polvillo de oro en la lejanía, donde mar y tierra se diluyen. Rafal, Almoradí, Dolores y Puebla de Rocamora, difuminados, casi tocándose sus caseríos, mezclados todos en el anónimo vegetal de la amplia, fecunda vega salpicada de palmeras... La llanura se dilata... Palmeras sueltas en los hitos de las sendas... La vega de Orihuela, toda tapizada de verde, ancha y larga..., perfumada de naranjos, parcelada de hortalizas, salpicada de palmeras que, agitadas sus ramas por el viento, parecen notas musicales sueltas fuera del pentagrama acuoso del Segura, solemne y maternal, fecundando la esponjosa huerta*”.

La palmera adquiere una destacada presencia diseminada en el entorno del hábitat rural huertano que bien aparece disperso en las explotaciones agrarias, o bien agrupado en pequeños caseríos de carácter lineal condicionados por la tupida red viaria y de riego. Su importancia estriba, además en la función ornamental que aporta la planta, generalmente asociada a otros árboles tanto en los lindes de parcelas como en los rodales próximos a las casas, del aprovechamiento que proporciona, pues ha sido un recurso tradicional en la economía de subsistencia, al utilizarse en su totalidad, tanto para uso alimenticio, artesanal y constructivo, de ahí la larga pervivencia en el paisaje a lo largo de la historia. Este territorio tan humanizado quedó perfectamente descrito por Coloma al cruzar en un frío invierno la huerta en dirección a Bigastro, donde señala “*En este tapiz, amigo, no acertarás a distinguir donde comienza un pueblo y donde acaba otro. Innúmeras casas huertanas, como esparcidas a boleo por el valle, reverberan de sol sus paredes encaladas. Caminos entrelazados, jalonados de árboles desnudos, surcan la vegetal planicie tahullera... La huerta se extiende a ambos lados de la carretera... Las palmeras, tiritantes de frío, agitan en el aire las greñas verdosas de sus ramas*” (Coloma, 1957).

Tras pasar el umbral montañoso que limita la huerta por la margen derecha del Segura en dirección hacia el mar, ya en Torrevieja el escritor retoma su camino hacia Guardamar, donde de nuevo contempla la vega segureña en la gola del río. Allí queda maravillado por la importante masa forestal que cubre el amplio cordón dunar que separa la planicie regada del Mediterráneo. En esta zona la palmera resurge entre otras especies arbóreas en la repoblación realizada a principios de siglo XX para la fijación de los médanos de arena. Este hecho sorprende al autor ya que constituye para la población uno de los grandes hitos de su historia reciente, al indicar que los vientos de levante “*amontonaban arena en dunas enormes, que, poco a poco, iban enterrando al pueblo... entonces los ingenieros decidieron presentar batalla a los elementos desatados... Parados los pies a las dunas, que cada año avanzaban media docena de metros tragándose casas, las fijaron fuertemente con palmeras, pinos, eucaliptos y nopales...* (y) *convirtiose en menos de medio siglo*

en un bosque costero inédito -diez y seis kilómetros de largo, nada más, mitad al sur, mitad al norte de Guardamar-, que es una maravilla". A las espaldas de esta formación forestal se extiende la huerta que visualiza el autor en el último trayecto antes de abandonar la comarca y repara nuevamente en la "planicie inmensa" de la que vuelve a resaltar los rasgos humanos y paisajísticos tan característicos de esta tierra, que dice: "tiene manchas verdosas de huerta, pinceladas marrones de tierra labrantía, punticos blancos de casitas camperas diseminadas, que se multiplican y espesan en núcleos urbanos lechosos. Destacan en la vega los penachos basculantes de innúmeras, esparcidas palmeras. Y la surca, ondulado cegador de luz en el plano mate verdoso de la huerta, el Segura, que une a Guardamar con Orihuela".

Por otro lado, el poeta oriolano Miguel Hernández que, en compañía de su padre y el ganado de cabras, recorrió en su juventud, las sendas y veredas más próximas a la ciudad y entre ellas las que en dirección a San Antón conectan con el secano y la sierra, plasmó en sus escritos las dos emociones que la palmácea origina a quien las contempla. Se trata de sensaciones contradictorias que el propio autor expresa al definirse por un lado "alto soy de mirar a las palmeras" y por otro al lamentarse "las palmeras / no me quieren hacer alto / por más que viva a la sombra...". Así, la palmera estará presente en su obra, al constituir uno de los cultivos más representativos de la huerta y le sirve de identificación personal como refleja en diversas composiciones incluidas en su poemario *Perito en lunas* (1932), como son "dátiles y gloria" y "palmera". En la última, como prueba de la predilección que siente por la planta y sus frutos, la asemeja a una columna, por su tronco, y a un surtidor, al formar arcos sus hojas. Para finalizar el poema, como si se encontrara en el interior de un convento, cuyo silencio queda roto por el susurro de sus palmas en movimiento: "Resuelta en claustro, viento esbelto pace, / oasis de beldad a toda vela / con gargantillas de oro en la garganta, / fundada en ti se iza la sierpe y canta".

El último gran evocador de la Vega Baja del Segura es Antonio Sequeros, quien publicó *Teoría de la Huerta y otros ensayos*, en 1956. En él dedica un capítulo conjunto a los dos rendimientos más representativos por esos años, como eran la palmera y el naranjo. Sobre la primera, dice que "significa, para la heráldica huertana, el espíritu de Oriente o del África vecina". En recuerdo al influjo árabe sobre el territorio, en concreto sobre la altiva palmera, especifica "que presta a la huerta un algo de misterio, de exótica fisonomía", asociada no solo al paisaje sino también al alma de la huerta. "Son famosos los bosques de palmeras de Orihuela, Callosa, Cox y Albatera, en plena huerta, al pie mismo de las montañas que limitan, por el Norte, la vega, como frontera de ésta, antes de dar acceso al páramo salino que le amenaza y acosa" (Sequeros, 1956). El dibujo que se muestra en la portada del libro ofrece una estampa típica, todavía por esos años, del horizonte huertano donde se levanta una barraca con techumbre vegetal, a la vera de un camino y delimitado por una bardiza de cañas, cuyo perfil se enmarca bajo dos esbeltas palmeras. Una imagen similar todavía la encontramos en la pedanía oriolana de la Campaneta, donde subsiste una de las pocas viviendas de esta tipología también junto a sendas palmeras, si bien con cubierta de teja plana, cerca metálica y al borde de una carretera.

2. La presencia actual de la palmera en la Huerta del Bajo Segura

A lo largo de este recorrido bibliográfico se ha puesto de manifiesto la íntima vinculación que ha existido entre la palmera datilera (*Phoenix dactylifera*) y los aprovechamientos hortícolas en la huerta del Segura, si bien también se ha registrado la preocupación por su estado de conservación a mediados del siglo XX. Esta situación se ha ido acentuando en las últimas décadas motivado por causas de diversa índole entre las que cabe citar: la sustitución de una huerta herbácea por otra arbolada basada en el monocultivo de cítricos; la crisis del minifundismo y la agricultura familiar; la despoblación del espacio rural con la pérdida de las prácticas culturales tradicionales; la cementación y entubado de las canalizaciones en el regadío; la expansión urbanística que detrae progresivamente suelo agrícola y además fragmenta su espacio con áreas residenciales, comerciales e industriales; y la creación de grandes infraestructuras viarias y de ocio, entre otras. Todos estos cambios han acelerado la situación de deterioro tanto paisajístico como económico de este espacio que, en definitiva, ha revertido la preponderancia del sector primario en favor del terciario, del que la construcción y los servicios asociados al turismo son claves para entender tanto el cambio de mentalidad como de la orientación dada al uso del suelo.

La palmera no ha resistido estas transformaciones, hasta el punto que ha perdido la presencia destacada que tenía en el paisaje huertano. A esta circunstancia hay que añadir más recientemente la incidencia de una plaga ajena que, de forma voraz, se ha extendido por el sureste español. Se trata del Picudo Rojo (*Rhynchophorus ferrugineus*) de la que ya se dio la voz de alarma en el año 2003, cuando la Consellería de Agricultura, Pesca y Alimentación de la Comunidad Valenciana, dictó un Decreto para la vigilancia, detección y erradicación de dicho insecto. Sin embargo, la incidencia de este coleóptero ha mermado la imagen de aquella huerta rociada de esbeltas palmeras desmochando una tras otra sin que las medidas de protección hayan resultado hasta el momento eficaces.

Gracias a las magníficas descripciones de la huerta que dejó Antonio Sequeros, podemos percibir las repercusiones y los cambios que todos estos procesos han originado en el paisaje huertano. El punto de partida es una vega viva y funcional, donde la agricultura era la actividad económica por excelencia y conformaba un patrimonio socialmente muy valorado. Así, el autor matiza que “*en la ancha planicie de la huerta todo está cultivado. Ni un solo punto de ella deja de verdear*”, escenario bien diferente al que observa hoy día al recorrer este territorio, donde se pueden apreciar cultivos arbóreos abandonados ante la escasa rentabilidad, superficies en blanco sin ningún aprovechamiento y parcelas ocupadas de nuevo por la vegetación silvestre. Siguiendo a este escritor y tomando como referencia la palmera y su impronta a mediados de los años cincuenta, podemos comprender las mutaciones que ha experimentado el panorama agrícola de esta comarca desde entonces. Sus ideas las podemos agrupar en cinco grandes apartados que referenciamos a continuación:

La presencia combinada de la palmera con otras especies. El ensayista en su libro repara en la conjunción de la palmera y otros árboles con fines ornamentales en las viviendas tanto rurales como urbanas, ubicadas en el exterior o en el interior respectivamente: “Incluso en los patios de muchas casas, se levantan árboles; y, a la puerta misma de las haciendas, no dejan de hacer su fresca guardia la higuera pomposa, el melancólico eucalipto o la altiva palmera”. En ambos casos se unía a la función de sombra para mayor comodidad de las relaciones sociales. Esta imagen es bien distinta de la realidad actual, dado que los patios interiores se han ido reduciendo a la par que se ha producido una transformación en la edificación provocada por el crecimiento en altura, cumpliendo así sólo la misión de ventilación e iluminación. Igualmente significativo es la evolución experimentada en los rodales arbóreos como consecuencia del éxodo rural, pues las actividades tradicionales que se desarrollaban bajo los mismos, característicos de una agricultura familiar y de subsistencia han dejado de practicarse, y este abandono ha originado el deterioro y en algunos casos la merma de esta vegetación.

La palmera en un entorno ajardinado. Es sobretodo en el medio rural y en fincas de mayor tamaño donde ésta destaca individualizada y dispuesta ordenadamente en el frontal de las edificaciones que, en muchos casos, eran utilizadas para pasar en ellas una temporada de recreo. El autor lo describe del siguiente modo: “La palmera se presenta solitaria o acompañada de alguna más, generalmente en la puerta de las haciendas o en sus alrededores, como si quisiera escoltar la mansión solariega, o servir de vigía por, la superioridad de su altura, sobre todo lo que le rodea”. Hoy todavía pueden apreciarse ejemplares similares en el contorno de antiguas casas nobiliarias que conformaron un jardín en sus inmediaciones, si bien estos por diversas circunstancias ya no muestran el esmerado cuidado de antaño. Las particiones hereditarias y los procesos de venta en pequeños lotes han originado la desaparición de este modelo.

Festoneando veredas y concentradas en la periferia de las heredades. Una de las visiones más peculiares de la palmera es la disposición lineal y normalmente en paralelo y de forma pareada en las vías de acceso de las explotaciones agrarias, en la red de riego y en los lindes de parcela. En este último caso, solía darse una mayor densidad al objeto de cercar el predio: “A veces se las ve formando avenida, orillas del camino que sirve de entrada a las grandes casonas de labor. Otras se agrupan en bosquecillos a manera de oasis, en los ensanches de algunas fincas”. La panorámica reciente de la huerta ha perdido muchas de sus características ringleras de palmeras que delimitaban las veredas que surcaban con profusión el paisaje huertano, ya que han sido trasplantadas a otros lugares con fines económicos. Igualmente los cercados vegetales han dado paso a otros artificiales de obra que han quedado reducidos sensiblemente en superficie, eliminando esas agrupaciones de palmeras en favor de los cultivos agrícolas. Sin embargo, ante la demanda y elevado coste de la palmera, cada vez es más usual encontrarla en plantaciones regulares para su comercialización.

Una huerta ceñida por palmerales. El límite septentrional del llano aluvial del Segura con una marcada presencia de suelos salinos que dan paso tras de ellos al secano, generó a lo largo del tiempo un denso palmeral que es precisamente el que ha llamado la atención de cuantas personas visitaron esta comarca y repararon en sus aprovechamientos. En frase del literato: *“la forma más bella de su presencia es la de bosque, con miles y miles de palmeras, unidas sus palmas en aguja, como obeliscos, cuando se destinan a ser vendidas sus hojas; o en su estado natural, como columnas del cielo, si se quieren para aprovechar los dátiles”*. Este frondoso palmeral se presenta hoy día fragmentado, destacando sobretodo en el extremo occidental el de Orihuela y el de San Isidro al norte, debido el primero a la protección del Palmeral de San Antón como Paraje Pintoresco desde 1963, y el segundo al no prosperar la colonización de Saladares emprendida por el Estado en 1952. Peor suerte han corrido las agrupaciones de Callosa de Segura, Cox y Granja de Rocamora, que se encuentran bastante reducidas ante las roturaciones agrarias. Tampoco se ha desarrollado mucho el frente de palmeras litoral con que se fijó el campo dunar de la desembocadura del río Segura en los albores del siglo XX, debido a la pobreza edáfica y a los frecuentes temporales de levante.

La pervivencia del ideal romántico. La percepción decimonónica valorizó la peculiaridad de un paisaje por su orientalismo al considerarlo como algo ajeno a la realidad europea y sin lugar a dudas la palmera contribuyó a dar esa nota exótica de la que se han nutrido escritores posteriores. Como dice Sequeros: *“La palmera... nos acerca al oriente y renueva, en nosotros, la leyenda, tan rica en signos y recuerdos, del Islam, tan asociada, por infinitos motivos no solo con el paisaje huertano, sino con el alma de toda la región levantina”*. Pese a que en la estampa huertana la palmera ha perdido relevancia y ha privado de su perfil altivo la iconografía de este espacio, no en balde pervive el recuerdo melancólico del origen musulmán del regadío. Éste permanece en el complicado entramado del sistema de riegos que lo abastece y que gracias a él fue posible la reducción progresiva del almarjal y del humedal desde Orihuela hasta el mar. En este sentido, la huerta se asemeja, por sus matizaciones cromáticas a un caleidoscopio y mucho más aun por el laberinto que conforman de sus sendas y canales a un intrincado arabesco.

3. A manera de conclusión

Como balance de la evolución de la presencia de la palmera en el regadío huertano del Bajo Segura y con la perspectiva de las narraciones que nos dejaron tanto escritores ajenos como propios, todavía se conservan enclaves que mantienen viva la memoria cultural del territorio. Los autores seleccionados quedaron unos maravillados por el descubrimiento de un espacio agrícola con una estética para ellos sorprendente e inusual y otros complacidos con los múltiples rendimientos que aportaba la feracidad de la tierra; y ambos evocando sensaciones, que aunque subjetivas, han contribuido a concretar un aspecto de la identidad huertana. Con el devenir del tiempo, el cambio

más notorio experimentado en el paisaje huertano es el que plasma Antonio Sequeros al hablar de la dependencia y continuidad que se daba entre el medio urbano y el rural, precisando que: “*hasta los pueblos mismos, en su espacio encuadrados, se llenan de plantaciones, cubriendo calles y plazas, como si la huerta quisiera ser solo ella y estar presente en todas partes*”. Medio siglo después, esta visión está desfasada, pues ya no es la huerta la que se proyecta al interior del callejero, sino que ésta queda cada vez más fragmentada y achicada por la presión y expansión urbana de las poblaciones e infraestructuras en detrimento de la agricultura. De este modo queda amenazada la supervivencia de una huerta funcional y viva, donde la palmera ya no adquiere la importancia que tuvo antaño.

Referencias bibliográficas

- Arias Abellán, J. y Fourneau F. (Eds.) (1998): *El paisaje Mediterráneo*. Granada, Universidad de Granada, Conserjería de Obras Públicas y Transporte, Junta de Andalucía, 353 p.
- Ayuntamiento de Orihuela (1960): “Orihuela”, *Diccionario Geográfico de España*, Madrid, Ediciones del Movimiento, t. 13, p. 332.
- Cavanilles, A.J. (1797): *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*. Madrid, Imprenta Real, Tomo 2, pp. 283-290.
- Casañ Alegre, J. (1894): *Recuerdos de viajes por nuestra patria. Alicante-Orihuela-Murcia*. Alicante, Establecimiento Tipográfico de Antonio Reus, pp. 53-102.
- Coloma, R.; *Viaje por tierras de Alicante*. Alicante, Afrodisio Aguado, S.A., Premio Diputación Provincial de Alicante, 1957. Segunda edición facsímil, Alicante, 1979. Caja de Ahorros Provincial de Alicante, pp.177-196.
- Davillier, CH. (1862): *Viaje por España*. Madrid, Ed. Grech S.A., 1988, pp.156-162.
- Figuera Pacheco, F.: “Provincia de Alicante” en *Geografía General del Reino de Valencia*, dirigida por F. Carreras y Candi, Barcelona, editorial de Alberto Martín, 1910-1914, pp. 9-884.
- Ford, R. (1845): *Manual para los viajeros por los reinos de Valencia y Murcia y lectores en casa*. Madrid, Ed. Turner, 1982, pp. 102-103.
- Gómez Ferri, J. (2008): “Viviendo una ILP (Per l’Horta): Etnografía de un movimiento social patrimonializador”. En Beltrán, O; Pascual J. J. y Vaccaro, I. (Coords.). *Patrimonialización de la Naturaleza. El Marco Social de las Políticas Ambientales*. San Sebastián, Ed. Ankulegi Antropología Elkartea, pp. 181-197.
- Guillén García, J. (1974): *El habla de Orihuela*. Alicante, Ed. Instituto de Estudios Alicantinos, Diputación de Alicante, pp. 183-184.
- HERNÁNDEZ, M. (1932): “Perito en lunas”. En *Antología comentada*, Tomo I (poesía). Selección, introducción y notas Francisco Esteve Ramírez. Madrid, Ed. de la Torre, pp. 79-80.
- Inglis, H.D. (1831). *Spain in 1830*. Londres, Ed. Whittaker Treacher and Co. 2º Vol., pp. 203-219.
- Lantier, E.F. (1809): *Viaje a España del caballero San Gervasio*. En García Mercadal, J. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Ed. Aguilar, 1962, Tomo III, p. 1.192.
- Madoz, P. (1849): “Orihuela”, *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, Establecimiento tipográfico de P. Madoz y L. Sagasti, T. XIV, p. 353.

- Peyron, J.F.: *Nuevo viaje en España, hecho en 1772 y 1773*. En García Mercadal, J. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Ed. Aguilar, 1962, Tomo III, p. 759.
- Pimentel, J. (2003): *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la ilustración*. Madrid, Marcial Pons Historia, p. 47.
- Rossmässler, E.A. (1853): *Recuerdos de un viajero por España*. Madrid, Ed. Polifemo, traducción y edición crítica de Irene Prüfer Leske, 2010, pp. 147-157.
- Sansano, J.: *Orihuela, historia, geografía, arte y folklore de su partido judicial*. Orihuela, Ed. Félix, 1954, p. 23-29.
- Sermet, J. (1956): *La España del Sur*. Barcelona, Ed. Juventud, ilustración 1 entre pp. 48-49 y 78.
- Sequeros, A. (1956): *Teoría de la Huerta y otros ensayos*. Almoradí, Talleres tipográficos Alonso, pp. 43-45.
- Townsend, J. *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*. Madrid, Ed. Turner, edición y traducción de Javier Portus, 1988.
- Vidal tur, G. (1962): *Un obispado español el de Orihuela-Alicante: historia documentada a considerar por todas las Iglesias Cristianas*. Murcia, Fundación Lucrecio López Lucas, Tomo I, pp. 81-82.
- Von Humboldt, W. *Diario de viaje a España, 1799-1800*. Madrid, Ed. Cátedra, edición y traducción de Miguel Ángel Vega Cernuda, 1998.